

En el harén de Estambul

En el harén de Estambul

CARLA DE LA VEGA

Styria

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2009, Carla de la Vega

© 2009, Styria de Ediciones y Publicaciones S. L.

Tuset, 3 2º — 08006 Barcelona

www.styria.es

Primera edición: junio de 2009

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO

Diseño de la cubierta: Enrique Iborra

Maquetación y corrección: Cristina Payà (www.ipstudio.es)

ISBN: 978-84-92520-24-4

Depósito Legal: B-18199-09

Impresión y encuadernación: Jam S.L.

Impreso en España — *Printed in Spain*

A Salva

Agradecimientos

Un primer libro requiere de la ayuda y el apoyo de mucha gente, al menos, así fue en mi caso. Quiero agradecer especialmente a mis compañeros de profesión en Estambul, Andrés Mourenza y Ricardo Ginés sus perspicaces correcciones y sus valiosísimos consejos. También fueron fundamentales los de mi antigua jefa en la India, Patricia Souza y las consideraciones de Pablo Scarpellini.

En Turquía, quiero dar sobre todo las gracias a Mercedes, a Elif y a su hija por las excepciones que hicieron para asistirme en mi investigación. No puedo olvidar tampoco a Fátima y a Susan por esas revistas de sexo y las charlas en Bebek.

Agradecer a Canin Arin, Pinar Ilkcaracan, Karen Gerson, Burcu Turkyay, Vildan Yirmibesoglu y Nilufer Yilmaz su tiempo, fundamental para entender mejor la situación en la que viven las mujeres de este país.

Quiero expresar mi enorme gratitud a Juanjo, que me alentó a embarcarme en un proyecto a largo plazo cuando estaba algo perdida.

Gracias a Polita, que desde tierras germanas aportó su grano de arena a este mi primer libro y, sobre todo, me dio muchos ánimos. Y cómo no a Claire (¿quién sabe si haremos una película?) y a Teresa por

sus inestimables observaciones. También a mi padre, por todas esas fotocopias, currículos y fotos varias.

Agradecerle a Diana que me hiciera reír cuando estaba desesperada y, sobre todo, que sueñe conmigo.

Por último, al que nunca leerá este libro porque no soporta oír hablar ni por un momento más de mujeres turcas: Salva. Sin él, sin su apoyo, sin sus ánimos y sin sus enfados este libro no habría sido posible. Gracias.

Índice

Proemio	15
PRIMERA PARTE: LAS INDESEABLES	19
1. La huida	21
2. Asesinadas por llamadas de teléfono, violaciones y cotilleos...	25
3. La medida más disuasoria; la pistola.	29
4. Los tres intentos de suicidio.	34
5. La lavadora y la sangre	38
6. Las mártires.	43
7. La nueva Zelal	45
8. «Limpia tu honor y después habla»	51
9. ¡Mátame ahora, si eres un hombre!	55
10. De leyes y sensibilización	62
11. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué a mí?	64
12. Los posos del café que no dicen nada.	68
SEGUNDA PARTE: LAS PIADOSAS	69
1. La cabina de Superman	71
2. El Islam, el televisor y la joya	75
3. La pesadilla	80

ÍNDICE

4. A la universidad, con velo	85
5. Los postizos	90
6. La evasión	92
7. Sin besos, ni arrumacos, con los ojos fijos en los azulejos . . .	95
8. Las fotos	101
9. La venganza de Hayrünnisa	102
10. El espejo, la melena y Atatürk	107
TERCERA PARTE: LAS INIMAGINABLES	111
1. Esto no es Turquía	113
2. Las niñas bien de Nişantaşı	117
3. El país de las amas de casa	122
4. El padre de las turcas	126
5. Las falsificaciones	131
6. Sex in the city	135
7. El photoshop de los piosos	140
8. Los peinados con forma de flor	143
9. Los hombres	147
10. El No Ramadán de la No Turquía	150
11. A vueltas con el dichoso pañuelo	153
CUARTA PARTE: LAS INFIELES	157
1. Las castellanas de Estambul	159
2. Los trofeos de <i>twist y rock and roll</i>	162
3. La invitación otomana	166
4. El <i>vedre</i>	169
5. Al margen de la sociedad otomana	172
6. La boda que no pudo ser	175
7. Deseo	180
8. Los cristales que reflejan los rostros de hombres	186
9. El divorcio	190

ÍNDICE

10. ¿Posponiendo una muerte segura?	196
11. Un caradura búlgaro-alemán.	199
12. Los atentados contra las mezquitas.	202
13. El mazal de la fea, la ermoza lo dezea	205
Del harén otomano...	209
...al nuevo harén de Estambul.	213
NOTAS.	219

Proemio

Les presento a Zelal, a sus treinta y dos años demasiado sufridos y con una vida que se le escapa:

«Me quieren matar. No quiero morir, aun me quedan muchas cosas por hacer. No he hecho nada malo. Mi única culpa es haber sido honesta, haber confiado, haber sido demasiado inocente. No quiero morir, no quiero, no quiero... Desde que nací me han ido matando poco a poco. No me dejaron ir a la universidad porque era de putas. Y mira en lo que me he convertido... En una prostituta. ¿Acaso soy algo diferente?»

Conozcan también a Sennur. Cuando la vi por primera vez tenía 23 años y se las ingeniaba para entrar en la universidad con velo islámico, pese a estar prohibido por ley en Turquía. Les adelanto que nunca ha besado a su novio con el que lleva más de dos años saliendo: «El Corán dice: no te acerques al sexo, porque unas cosas te pueden llevar a otras. Eso significa que no puedes tener relaciones sexuales, pero también que hay que evitar todos los preámbulos, todas las cosas que puedan incitar a hacerlo. No debemos tocarnos, ni besarnos. Por eso no le miro. Él ya se saltó una vez las reglas y me tocó la mano. Me gustó, pero va en contra de mis creencias y me siento mal por ello. Me gustaría mirarle, pero no puedo. El Libro no lo permite».

De forma muy diferente piensan las turcas de cabelleras al viento, manicuras impecables y trajes cortísimos que se contonean en las discotecas de Estambul. El atuendo de Ayse, de 26 años, no es tan escaso pero, les confesaré que hace tiempo que dejó de ser virgen. «Es completamente necesario tener relaciones sexuales antes del matrimonio... ¡Hay que saber con quién te juntas! Puede ser que con una persona que lleves años no quieras acostarte, o que de repente conozcas a alguien que te vuelve loca, un verdadero flechazo, y el primer día te vas a la cama con él».

Rashel es una sefardí de más de 60 años que, como las anteriores mujeres, también vive en la antigua Constantinopla, ahora Estambul. Ella nos contará su difícil historia de supervivencia haciendo uso de ese vástago del español que recibe el nombre de ladino: «Estoy encantada de haber envejecido. Los hombres no me dejaban vivir. Todos creían que me iría a la cama con ellos. ¡Estos turcos son todos iguales! No quiero saber más de ellos, me han arruinado la vida. ¿Cómo pude aceptar seguir casada con alguien que me encerraba? Era boba».

Mientras descubría los entresijos políticos y sociales de un nuevo país, esta vez de mayoría musulmana, cada vez me producían más curiosidad estas mujeres que viven en una Turquía que se debate constantemente entre Oriente y Occidente, entre tradición y modernidad, entre religión y laicismo.

Desde el primer momento, captaron mi atención los llamados «crímenes de honor». Lo más macabro, ruín, salvaje y deleznable que se le puede hacer a una mujer con el pretexto de salvar el buen nombre de los hombres. Me arrancó las lágrimas la historia de una joven kurda a la que, además de haber sido violada por su vecino, torturada por un familiar y repudiada por su esposo, su familia quería matar por haber quedado embarazada a raíz del estupro. Sentí tal impotencia al leer aquel relato, que decidí indagar más sobre el tema. Fue difícil ponerme en contacto con mujeres que escapasen del arma de la cos-

tumbre porque la mayoría están fuertemente protegidas, pero al final lo conseguí. Esa es Zelal, ya les he hablado de ella.

¿Cómo haber imaginado que en un país donde la mayoría de la población es musulmana estuviese prohibido por ley el uso del velo islámico en las universidades? Pues en Turquía es así y lo más sorprendente son las imaginativas estrategias con las que las muchachas sorteán esta legislación.

He podido conocer a muchas mujeres con velo que sufren cada día los inconvenientes de vivir en un país que no las acepta con ese trozo de tela que cubre su pelo. Con ellas he tenido largas discusiones sobre los mandatos del Corán y la situación de la mujer en el mundo musulmán. La más interesante, sin duda, Sennur, la mujercita que se ha abierto a mí y me ha contado sus más secretas intimidades. Ya la han oído, no quiere saber nada de sexo.

Y me encontré con mujeres sin velos islámicos, con tacones vertiginosos y escotes pronunciados. Con muchachas que me hablaban de trabajo, de emancipación, de hombres, de compras y peluquerías. Ayse es una de ellas. No se la pierdan.

Como cualquier española había oído la historia de los sefarditas que fueron expulsados de España, pero desconocía por completo que en la Turquía musulmana del siglo XXI aún hubiese personas que hablasen en ladino. Me sorprendió tanto que quise indagar un poco más sobre las mujeres de esa comunidad descendiente de los judíos hispánicos. Una tarea hartó difícil debido a las casi infranqueables medidas de seguridad con las que los hebreos se resguardan en la vieja Constantinopla. Hasta el punto que un agente de seguridad en una sinagoga me llegó a acusar de terrorista. No me culpaba de llevar una bomba, pero sí de ser una espía en busca de un mapa mental de la disposición del templo, que pasaría más tarde a mis cómplices. Tuve que tragarme su agresividad desmedida e irme sin conocer el templo de Ortaköy, pero allí estaba conmigo, para ayudarme a entrar en otra

sinagoga, Rashel. Estar con ella y conocerla más a fondo mereció la pena.

Este libro es un compendio de esas historias que, desde el principio, llamaron mi atención.

Escuchen a estas mujeres pues tienen mucho que contar sobre sus vidas, sus miedos, frustraciones y sueños; y sobre este país siempre convulso en el que viven. Lean sus relatos, porque en este libro, por una vez, sus vidas son protagonistas. Les he dado voz porque a través de ellas, de sus biografías, se puede entender un poco mejor a estas mujeres turcas a veces tan lejanas a nosotras y otras, con unos sentimientos tan parejos a los nuestros que no resulta difícil identificarse en ellos.

Con estos retratos no busco perpetuar estereotipos, ya que, como hay innumerables tipos de mujeres españolas, también los hay de turcas. Tampoco quiero caer en burdas generalizaciones. Así que no esperen, de este libro, un manual, sino un intento de entender un poco mejor a esas mujeres con las que se cruzan por las calles de la vieja Constantinopla. Aquí tienen el Harén de Estambul, custodiado, esta vez, por la sociedad patriarcal en vez de por el Sultán.

Primera parte
Las indeseables

*Tenemos que estar sentadas,
en silencio, obedecer siempre
y ver la vida pasar
hasta hoy*

*Hay mujeres
Hay mujeres
Mujeres en todos los sitios*

*Hay mujeres
Hay mujeres
Mujeres en todos los sitios*

*Estuvimos calladas y esperamos
Vimos la vida pasar
Al final decimos, ¡es suficiente!
No estaremos en silencio nunca más*

...

Canción *Kadınlar Vardır* (Hay mujeres)
del álbum *Güldünya Şarkıları* (Canciones de Güldünya)

1

La huida

Se tiene que ir. Es la única solución, su única salida. Tiene que abandonar Turquía y lo ha de hacer lo más rápido posible. Ya no le queda tiempo; la van a matar. Sí, lo hará su marido y si no, su propia familia.

Ya la han localizado, acaba de colgar el teléfono y su hermana le ha pasado el mensaje: *saben que estás en Estambul, ten cuidado.*

Tiene que huir, tiene que salir del país, aquí su vida no tiene futuro, no le queda más que enfrentarse a su propia muerte. Su salvación está en Europa. Hasta allí tal vez no llegarán los largos tentáculos de las mafias kurdas, de los clanes, de la tribu. Allí estará segura, podrá estudiar, podrá realizarse. Cambiar de una vez por todas esta vida, que lo único que le ha dado en contrapartida es sufrimiento, palizas, angustia. La misma que ahora huele a deceso, que languidece, que se escapa en dirección contraria al que debiera ser su curso natural.

Ha de superar esa pesadilla que arrancó con su primer lloro de recién nacida, el día en el que el silencio lo inundó todo cuando anunciaron su llegada; era una niña y eso no era motivo de júbilo. En ese momento su padre quiso pegar una vez más a su madre, que se permitía la desfachatez de traer a una fémica al mundo y, lo que es peor, a su casa. De eso hace treinta y dos años.

Abandonar Estambul es la única alternativa ahora, no lo queda otra escapatoria. Si no, morirá y perecerán con ella todos sus sueños, todas sus ilusiones aún no desvanecidas, todas las oportunidades que se dibujan ahora ante sus ojos desprovistos de las barreras de lo aprendido, de lo mamado en un mundo injusto con las mujeres.

Llora.

«No quiero morir, aun me quedan muchas cosas por hacer. No he hecho nada malo. No he matado a nadie. No he cometido ninguna equivocación. ¿Por qué tengo que pagar yo los fallos de los demás? ¿Por qué todos se acaban por aprovechar de mí...? ¿Por qué me pasa esto a mí y no a otras...? ¿Es tan difícil esta pregunta que nadie la puede contestar? No quiero morir. No quiero morir por la única razón de ser mujer. La muerte solo la decide Dios. No quiero morir. Mi única culpa es haber sido honesta, haber confiado, haber sido demasiado inocente. No quiero morir. No es justo. Tengo derecho a ser feliz. No quiero morir, no quiero, no quiero...»

Pero por mucho que llore, por muy injusto que le parezca todo, la seguirán buscando y si su familia o la de su marido la encuentran será víctima de los balazos de la costumbre, de las tradiciones, del machismo. No tendrá escapatoria.

Se recompone de sus palabras Zelal, a sus avejentados treinta y dos años, con ese rostro ajado por las preocupaciones y la tristeza, pero con unos ojos que sorprendentemente aún relucen como canicas recién pulidas. Será por tanta lágrima.

«Saldré de ésta, como lo he hecho siempre. No tengo miedo. Volaré a Alemania y allí encontraré mi camino. Me darán el visado y entonces iré a la universidad, después trabajaré. Seré independiente, no tendré nunca necesidad de los malditos hombres. Lo haré, estoy convencida. Lo conseguiré. Confío en mí».

La fuerza interior de la que ha sido vejada, apaleada, maltratada sale ahora como la de un león herido que no se deja cazar, para después

deshacerse en mil añicos como un espejo que no podrá recomponerse jamás. Vuelve entonces a ser la muchacha asustadiza de antes. Le sobrevienen las dudas, le aborda su sino marcado por la mala suerte, se derrumba.

«Si no consigo el visado, me tendré que enfrentar a ellos, volver a mi ciudad. Plantarles cara, decirles que me maten, porque ya no puedo más. Estoy harta de correr. Estoy cansada de morirme de miedo cada vez que oigo pasos detrás de mí. No quiero escabullirme entre las tiendas, ni más ataques de ansiedad. No puedo con más mentiras, con este peso que me oprime. Esa es mi decisión final, no tiene sentido seguir viviendo así. No merece la pena. Al menos moriré en familia».

«¡No quiero esta vida!», llora como si a esas palabras de rabieta infantil le pudiera seguir un mundo de colores. Pero ese no es el suyo, el suyo está pintado con rotuladores en blanco y negro y no tiene espacio ni para grises, ni para matices.

Los miles de pedazos del espejo se recomponen como por arte de magia y ahora aparece la otra mujer, la que sabe de sus derechos, de las posibilidades que le ofrece el mundo, la que habla con confianza, con aplomo, con odio y amenaza.

«Me han utilizado, ahora los utilizaré yo. Voy a aprovecharme. Cogeré su dinero, saldré de aquí y después seré libre de una vez por todas. Tengo que ser fuerte, después me sentiré orgullosa de mi misma, lo sé. Viviré».

Dos minutos después se desploma una vez más.

«Me persiguen demasiados; mi ex marido, mi familia, Emin. No conseguiré salir de ésta sino de este país, esta ciudad que odio. Moriré».

Lo que más rabia le da es pensar en dejar este mundo sin haber conocido el amor. De eso lo único que sabe es lo que dicen las letras de las canciones que tatara constantemente. Ella jamás ha amado y eso

la apena sobremanera. «Tal vez me enamoré de la tierra que me cubra, cuando esté muerta», se regodea en su infelicidad.

Peor todavía es que no recuerda ni un solo momento en su vida en el que se haya sentido feliz. Cada instante de sus treinta y dos años han estado marcados por el dolor, hasta el nacimiento de sus hijos, desmitificado por las palizas.

Ya no está a salvo, durante un año y medio lo ha estado, pero se acabó. La habían educado para que nunca mirase atrás, no por el pasado, sino porque los hombres se lo podrían tomar como una invitación, pero en estos últimos tiempos no ha parado de girarse para ver si ya están ahí, si ya le ha llegado la hora, si se acabó su agonía.

Porque Zelal sí ha hecho algo. Algo tan mezquino, que por ello se merece esa sentencia a muerte, ese escarmiento que servirá también de ejemplo a las otras. ¿Cuál ha sido su terrible agravio? Ha osado divorciarse. La que hoy se merece morir ha pedido y, lo que es más grave, ha conseguido desligarse legalmente de su marido. Y eso, en muchos sitios en el sudeste de Turquía se paga con la vida. Porque ahí hay algo que está por encima de todo y sobre todo de las mujeres que no valen nada, algo que tiene más valor que las tierras que ya no les pertenecen, que las posesiones que ya no detentan, que el dinero que se esfumó, ese algo es lo que determina la vida, lo que regula las relaciones sociales, lo que mantiene a raya a sus mujeres. Ese algo se llama HONOR y por él se mata.

2

Asesinadas por llamadas de teléfono, violaciones y cotilleos...

Mancillar el honor de la familia, del marido, eso es lo peor que puede hacer una mujer en el sudeste de Turquía. Echar por tierra su buen nombre, pisotearlo alegremente en una región donde la pobreza, el desempleo y la guerra se han cebado con sus habitantes, dejándoles tan sólo una cosa: su dignidad. Desacreditar al clan acarrea consecuencias terribles, porque el respeto de los vecinos es fundamental en la Anatolia profunda donde la población vive aferrada a las costumbres, a la tradición, a la *Töre* (las leyes ancestrales que regulan sus relaciones).

Así que aquellas que osen contravenir las normas, morirán. Son lo que se conocen como los Crímenes de Honor (*Namus Cinayetleri*) que se dan con demasiada frecuencia en la Turquía del siglo XXI y cuyos artífices suelen ser la propia familia de la víctima.

El honor, llamado *Namus*, está íntimamente ligado a la sexualidad de la mujer¹, a su castidad. El hecho es que esa virtud se considera de una manera tan amplia que hasta la cosa más insignificante puede ser motivo de un asesinato: mostrar las piernas, el cuello, las manos o la forma de vestir. Hasta con la voz se destruye la reputación de una familia. Fue el caso de una chiquilla asesinada a manos de su hermano porque un hombre la llamaba constantemente por teléfono y ello dio

lugar a los cotilleos del vecindario². No tenía otra culpa la muchacha que haber descolgado el auricular.

Para manchar el buen nombre de una estirpe no hacen falta más que los rumores de las vecinas, que desperdigan injurias y que matan el tiempo entre chisme y chisme. Es suficiente con llamar a una emisora de radio y pedir una canción de amor. Por eso ya se ha matado en Turquía. En Urfa, una muchacha que tan sólo quería oír unas letras románticas acabó por ser asesinada cuando se relacionó ese deseo tan sensiblero con la posibilidad de que tuviese un amante.

Todo es susceptible de devenir un crimen de honor, aunque se lleva la palma la desobediencia a las órdenes de la familia, llámense rehusar a casarse con alguien o quejarse del marido, pero también —atención— no querer hacer sexo con su padre o cuñado. Pagaría también una muchacha con su vida si la violan o si es acosada³. Historias de estupro cometidos por un familiar a niñas de catorce años y después asesinadas por su padre para vengar su honor, se oyen más de lo que se quisiera. Es más, si encima «de dejarse violar» por un miembro de la familia, se queda embarazada, ahí no hay escapatoria. El rocambolesco drama de la pobre Güldünya, que se quedó embarazada tras ser agredida sexualmente por un pariente lejano, es prueba de ello. Sus hermanos la persiguieron hasta Estambul, donde la muchacha de veintidós años se había refugiado de las lenguas viperinas de su pueblo y había dado a luz a su bebé. En las calles de la antigua Bizancio, los dos jóvenes de tan sólo veinte y veinticuatro años, intentaron acabar con la vida de su hermana, pero sus disparos fueron a alcanzar la pierna de la muchacha. Sería más tarde, en el hospital en el que la joven convaleciente se curaba de sus heridas, cuando remataron su cometido. Dos disparos en la cabeza en una cama del centro sanitario pondrían el trágico colofón a la huida de Güldünya y a la negligencia policial que había sido alertada de las intenciones familiares.